

nosotros es la hora de la muerte, aquel es el momento mas decisivo de nuestra suerte eterna; pues la santísima Virgen es en el nuestro asilo, nuestro consuelo, nuestro amparo y nuestro refugio. Por esto, la Iglesia incesantemente le está pidiendo que nos asista ahora y en la hora de nuestra muerte: *Nunc, et in hora mortis nostrae.*

El evangelio es del capítulo 10 de san Lucas, y el mismo que el día XV, pág. 328.

MEDITACION.

LA AUGUSTA DIGNIDAD DE MADRE DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la dignidad de madre de Dios, como dice santo Tomás (1. *quest.* 25), es en cierta manera infinita, incomprensible al humano entendimiento, pues tiene por término á Dios, y queda comprendido en su concepto; porque quien dice *madre*, dice necesariamente *hijo*; y quien dice *madre de Dios*, dice necesariamente un hijo que es el mismo Dios. Y como no hay entendimiento humano que pueda comprender la dignidad de hijo de Dios, tampoco le hay que pueda comprender la de su divina madre. *Concibe*, dice san Gregorio (In lib. 1 *Reg.*), *qué cosa es ser hijo de Dios, y entonces concebirás qué cosa es ser madre suya. Por la excelencia del uno llegarás á conocer la excelencia de la otra.* Pregúntasme, dice san Eucherio, quién es la madre; pues pregúntame antes quién es el hijo: *Queritis qualis mater? querite prius qualis filius.* Con efecto, esta es la mayor y la mas estrecha alianza que una pura criatura puede contraer

con Dios; fuera de la union hipostática, no es posible concebir otra mas estrecha que la de una madre con un hijo. Por eso dijo Alberto Magno que desde el mismo instante en que comenzó á ser madre de Dios la santísima Virgen, no se pudo unir mas íntimamente con Dios, á menos que no fuese tambien Dios ella misma: *In hac Annuntiatione sanctissima Virgo magis Deo conjugii non potuit, nisi fieret Deus* (Serm. de Assumpt.). Por lo mismo, dijo san Agustin, ó á lo menos su discípulo san Fulgencio, que, siendo la carne de Cristo carne de Maria, *caro Christi, caro Mariae*, en virtud de haber encarnado y nacido de sus entrañas, la Madré y el Hijo, por decirlo así, eran una misma cosa: *Unum effecit Matrem et Filium.* Fundado en esta verdad, afirma san Buenaventura que la augusta dignidad de madre de Dios es como el último esfuerzo del divino poder. Puede Dios, dice el santo, hacer un mundo mayor que este que hizo; criar un cielo mas vasto, un sol mas resplandeciente, un fuego mas puro, una tierra mas fértil; pero no puede hacer una madre mas noble, mas respetable, mas excelente, mas augusta, que la madre de Dios: *Majorem matrem quam matrem Dei facere non potest.* ¿Hemos hecho nunca reflexion sobre esta incomprensible dignidad de la santísima Virgen? Solamente aquellos, dice san Pedro Crisólogo, que no conocen quién es Dios, dejan de admirar con asombro la inefable grandeza de su madre: *Quantus sit Deus ignorat, qui hujus Virginis mentem non stupet, animum non miratur* (Serm. 140). En esto se fundan los santos padres, particularmente san Crisóstomo y el bienaventurado Pedro Damiano, para decir que todo el conjunto de lo grande, lo mas noble, lo mas perfecto que se encuentra en todas las puras criaturas juntas, querubines, serafines, primeras inteligencias celestiales, todo es menos que la santísima Virgen, y solo es mas que

ella el mismo que la fabricó : *Videbis quidquid majus est, minus esse Virgine; solumque opificem opus istud supergredi* (Serm. de Nativ.). Si, Virgen santa, exclama san Epifanio, tú eres superior á todo lo que no es Dios; *Sola, Deo excepto, cunctis superior existis*. Ninguna cosa es igual á tí, Virgen santísima, prorumpes el devoto san Anselmo, ninguna es comparable contigo. Entre todas las cosas que existen, solo Dios está sobre tí, y tú eres superior á todo lo que no es Dios : *Quod supra te, solus Deus; quod infra te, omne quod Deus non est* (De Concept. Virg.). ¡ Cuánta debe ser nuestra veneracion á la madre de Dios! ¡ cuánto, nuestro amor, nuestro respeto, nuestra confianza, nuestra devocion, nuestro zelo por su culto!

PUNTO SEGUNDO.

Considera el valimiento que esta divina Madre tendrá con su divino Hijo; cuánto será su poder, su dignidad, su excelencia, y por consiguiente cuál debe ser nuestra confianza en su intercesion, y nuestro zelo en venerarla. ¿Qué cosa podrá negar un buen hijo á su querida madre? Todo lo que es Maria se lo debe á la bondad de Dios, pero Dios, que la elevó á la suprema dignidad de madre suya, no puede resistirse á su ruego. No, no temamos excedernos cuando alabamos á la madre de Dios, dicen los santos; antes podemos estar seguros de que nunca la engrandeceremos dignamente. San Juan Damasceno desafía á los hombres y á los ángeles á que la alaben como merece, estando cierto de que en ningun elogio se pueden comprender sus alabanzas. Como madre, dice el santo, debe poseer los bienes de su Hijo, y á excepcion del culto de latría, que se debe á solo Dios, debe ser venerada con cierto culto particular, que se refiere al mismo Dios, puesto que solo por ser madre

de Dios se la honra singular y siempre religiosamente : *Decet Matrem ea que Filii sunt possidere, et ab omnibus adorari* (Orat. de Assumpt.). O santísima y sacratísima Virgen, exclama san Basilio de Seleucia, el que dijere de tí todas las cosas mas grandes, las mas magnificas, las mas ilustres y las mas gloriosas que se pueden decir ni imaginar, no se desviará de la verdad : *O ter sacrosancta Virgo! de te qui omnia illustra et gloriosa dixerit, nunquam is quidem à veritatis scopo aberraverit*. ¿ Han sido hasta aquí mis ideas y pensamientos acerca de la santísima Virgen semejantes á los de los padres y á los de toda la Iglesia? ¿ cuál ha sido mi zelo, mi ansioso ardor por rendirle el culto que le es tan debido? ¿ he pensado nunca que la que es madre de Dios quiere y se digna de ser tambien madre mia? ¿ Qué honra esta para mí! ¿ qué dicha! ¿ qué puedo temer ya con semejante proteccion? Por otra parte, ¡ qué inagotable fondo, qué motivo á una dulce confianza! La madre de mi Dios, de mi Redentor, de mi Juez, del único que es árbitro de mi eterna suerte, es mi querida madre, la medianera con mi Salvador, la tesorera del Omnipotente, la distribuidora de sus gracias, esta me ama con ternura, me protege como á su siervo, me quiere como á su hijo; ¡ y no la serviré con zelo y ardor! ¡ y no la amaré como á mi dulcísima madre! ¿ Y tendré vergüenza de vestir su librea, de ser del número de sus devotos? ¿ me avergonzaré de ser uno de los mas zelosos siervos de Maria?

No permita Dios, Virgen santísima, que jamás merezca yo semejante reconvencion. ¡ Desdichado de aquel que no os ama! Por lo que á mi toca, desde este mismo punto me obligo á honraros, á servirlos con todo el zelo, con todo el ardor, con toda la ternura que me sea posible. Vos sois mi querida madre, vos sois, despues de Dios, nuestra vida, nuestro consuelo

y nuestra esperanza. Alcanzadme la gracia de que eternamente sea del número de vuestros verdaderos siervos y de vuestros amantes hijos.

JACULATORIAS.

Monstra te esse matrem; sumat per te preces, qui pro nobis natus, tulit esse tuus. Ecclesia.

Muéstrate verdadera madre mía, y reciba por tu mano vuestras oraciones aquel que por nuestro amor quiso ser hijo tuyo.

O Domine, quia ego servus tuus, ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ. Salm. 125.

Mirad, Señor, que yo soy vuestro siervo, siervo vuestro soy, y soy hijo de vuestra misma madre, que se apellidó esclava vuestra.

PROPOSITOS.

1. No debe ser puramente especulativo el alto concepto que formamos de las grandezas de María. Ha de ser práctico este conocimiento, no contentándonos con que nos inspire ciertos afectos ociosos, estériles y mudos. A la admiración debe acompañar el culto. Admiraremos en buen hora con asombro las inefables grandezas de la Virgen; pero acrediten nuestras oraciones, nuestra confianza y nuestra devoción lo mucho que la veneramos. Entre las muchas devociones que se pueden tener con esta Señora, una de las más provechosas es rezarle todos los días el salterio que en su honor compuso san Buenaventura. Compónese este salterio de cincuenta salmos, que, á imitación de los de David, dispuso aquel gran doctor y aquel gran santo, con diferentes cánticos, imitando á los de los profetas, con un himno que corresponde

al *Te Deum laudamus*, y con un símbolo á semejanza del de san Atanasio. De todo esto compuso un oficio repartido por horas para todos los días de la semana, á imitación del oficio divino. Este salterio, distribuido en oficio, se halla junto en un solo libro, que procurarás haber para rezarle todos los días, y presto experimentarás el fruto de esta utilísima devoción.

2. Pocos santos dejaron de componer algunas oraciones particulares en honor de la santísima Virgen; procura aprender aquellas que te parecieren más devotas, y háztelas familiares. San Efrén compuso y rezaba todos los días la siguiente: «O santísima y purísima Virgen, madre de mi Dios, reina de la luz, poderosísima y llena de ardentísima caridad, vos sois más noble que todos los espíritus celestiales, más pura que todos los rayos del sol, más digna de honor que todos los querubines, más santa que todos los serafines, más gloriosa sin comparación que todas las gerarquías de los ángeles. O santísima Señora, que fuiste la esperanza de los patriarcas antiguos, la gloria de los profetas, la alabanza de los apóstoles, el honor de los mártires, la alegría de los confesores y la corona de las vírgenes, recibidme y conservadme bajo las alas de vuestra caridad, y á la sombra de vuestra protección. Tened piedad de mí, miserable pecador, manchado con innumerables culpas, con las cuales ofendí á Jesucristo, vuestro Hijo, mi Dios y mi Juez. O Virgen llena de gracia, ilustrad mi entendimiento, poned palabras en mi boca, dad movimiento á mi lengua, para que con todo el afecto de mi corazón, cante vuestras alabanzas, y os salute con el mismo respeto y con la misma devoción debida á la madre de Dios con que os saludó el ángel Gabriel cuando os dijo *Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo* y os diga con el mismo espíritu y con la misma ter-

nura con que os dijo Isabel: *Bendita erés entre todas las mujeres.* »

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN LUIS, OBISPO Y CONFESOR.

San Luis, mas célebre por su santidad y por sus milagros, que por su alto nacimiento, fué por su padre sobrino segundo de san Luis, rey de Francia, y por su madre, sobrino de santa Isabel, reina de Hungría. Nació en Briñoles de la Provenza el año de 1274, siendo el segundo hijo de Carlos II, llamado el Gotoso, rey de Nápoles y de Sicilia, y de María, hija de Estéban V, rey de Hungría. En la infancia de Luis nada se notó que oliese á niñez; todo parecia superior á su edad; todo era en él madurez de juicio, tanto su circunspeccion, como la gravedad de sus costumbres. Nunca tuvieron sus ayos necesidad de hacerle la menor advertencia en orden al cumplimiento de sus pequeñas obligaciones; anticipábase á sus instrucciones por aquella natural inclinacion á la piedad con que parecia haber nacido; y prevenia sus lecciones por el amor que profesaba al retiro y al estudio. Los juegos, las diversiones, los pasatiempos, y los demás ejercicios en que ordinariamente se suelen entretener otros príncipes de aquella edad, nunca fueron de su gusto. Su inclinacion era á leer libros espirituales, y mucho mas á la oracion. En la corte no solo se miraba con admiracion, sino que se llegaba á respetar su modestia. Aquella delicadeza, aquel regalo y aquel amor á los placeres que nacen con los grandes, que crecen con la edad y que se fomentan en las cortes, donde

todo conspira á lisonjear los sentidos y al amor propio, apenas fueron conocidos de nuestro jóven príncipe. Cuando los meninos que se criaban con él iban á jugar, Luis por lo comun se escondia de ellos, para pasar aquel tiempo en su oratorio. Lo mas admirable era que, en medio de las delicias en que se criaban los príncipes de su elevacion, Luis se aplicaba á mortificar sus sentidos, y á macerar su inocente cuerpo desde aquella tierna edad.

Tenia solos siete años cuando, no obstante el regalo con que se le procuraba criar, le encontraban muchas veces fuera de la cama y echado en la alfombra que estaba á los piés de ella, movido de un espíritu de penitencia. Así lo testificó la reina su madre, de cuya boca oyó esta particularidad el autor que escribió su vida. Sus paseos se terminaban siempre en alguna iglesia ó en algun convento de religiosos, siendo todo su gusto informarse menudamente de los ejercicios de mortificacion y de virtud que constituian el principal fondo de la vida regular. Nunca consentia que le pusiesen en las iglesias aquellas señales de distincion y de respeto que correspondian á su real nacimiento; porque ni su fe ni su veneracion á los altares se acomodaban con semejantes distintivos; y así, aunque le prevenian sitial, alfombras y almohadas, jamás usaba de ellas, y se arrodillaba siempre en la desnuda tierra. Su compostura y su modestia inspiraban modestia y compostura á todos los cortesanos; y solian decir que, para tener devocion, no era menester mas que ver al príncipe oír misa.

Ganaba los corazones de todos con su aire, con su apacibilidad y con sus compuestisimos modales. Los criados que componian su casa le llamaban el ángel de la corte; y con efecto, lo era por su rara pureza y por su inocencia. Poscia esta pureza en tan alto grado de perfeccion, que, aun siendo niño, no permitia que